

A PROPÓSITO DE *EL DIALOGISMO COMO MODELO TEÓRICO DEL CONTACTO EN AMÉRICA* DE MARTA LUJÁN

CARLOS GARATEA
Pontificia Universidad Católica del Perú
cgaratea@pucp.edu.pe

No creo que resulte exagerado ni produzca alarma decir que la investigación de la Historia del español americano necesita un poco de creatividad. Hemos pasado mucho tiempo encapsulados en marcos tradicionales, sujetos, sobre todo, a la fonética, apenas contamos con exploraciones en morfología y, a pesar del impulso reciente, todavía son escasos los estudios dedicados a la sintaxis que nos permitan ver cambios específicos o progresiones generales. Adicionalmente, poquísimos es lo efectuado en semántica y sociolingüística históricas si lo comparamos con el interés por usos diferenciales, indigenismo o americanismos léxicos, interés que parece haberse constituido en el ámbito que despierta mayor entusiasmo o, al menos, mayor número de trabajos. Obviamente hay excepciones y no pretendo negar que la investigación avanza. Hoy sabemos bastante más (no mucho) que antes; crece lentamente, por ejemplo, la base empírica, el corpus, que nos hace vislumbrar un futuro promisorio y que, al mismo tiempo, nos indica la necesidad de revisar hechos y explicaciones tenidos por ciertos hasta hace poco. Como es previsible, el ensanchamiento de la investigación y su mayor profundidad han demostrado que, contra los antiguos ideales monocéntricos, es absurdo trazar la historia del español americano al margen del contacto y de la convivencia con las lenguas y culturas amerindias y supeditar la fisonomía americana a consideraciones europeas que pasan por alto los entornos y las historias que rodearon y rodean a la lengua española en América. Ningún favor hace a la investigación olvidar la pluralidad de comunidades originarias que encontró la lengua española entre su llegada al Caribe y su destino en el Sur del continente. Su difusión e imposición no se reduce a ocupar el territorio, un episodio duro y dramático ciertamente, sino a préstamos, influencias e innovaciones estructurales y discursivas en virtud de las lenguas que entraron en contacto y desarrollaron espacios comunicativos imposibles de prever ni de pronosticar en su desenvolvimiento y características.

El trabajo de Marta Luján, *El dialogismo como modelo teórico del contacto en América*, es una propuesta original y creativa que, desde el título, inyecta nuevos aires en un ámbito normalmente desatendido y carente de propuestas teóricas que contribuyan con la comprensión de los hechos y de los datos históricos desde perspectivas más integrales, afirmadas en la historia social y cultural de los pueblos americanos. Luján vincula claramente su propuesta con las ideas de Bakhtin y, en concreto, con el carácter dialógico que desarrolló el intelectual ruso

tanto en sus trabajos textuales como en sus razonamientos sobre la creatividad y los usos verbales. Luján intenta así tomar distancia de perspectivas más tradicionales y ampliar el campo de observación para recuperar el habla y, si se quiere, el diálogo como dimensión del contacto. El propósito es ciertamente encomiable y provocador: anima a recuperar el uso de la lengua como el espacio en que se afirma el actual español americano en contacto con las lenguas indígenas. Dicho en pocas palabras: el contacto se da en el hablar y debe estudiarse en esa dimensión. Las observaciones de Bakhtin son, por ello, pertinentes y atractivas para quien se aproxime, por ejemplo, al mundo colonial. Distingue Luján el diálogo que se produce en el interior de cada uno de los grupos que participa en el contacto: el español, por un lado, y el indígena por el otro. En paralelo, con toda razón, distingue ese espacio de otro: el que hubo de producirse entre españoles e indígenas, un espacio dialógico nuevo para ambos grupos y sujeto a condiciones y representaciones que puso a prueba su saber, sus tradiciones y su voluntad de aceptar lo desconocido. Este es el centro de las reflexiones de Marta Luján.

Es difícil resistirse a admitir la importancia del diálogo en la historia de una lengua. Pero aquí debo hacer una observación a este punto con el ánimo de complementar la perspectiva de Luján: hablar de diálogo entre grupos, mejor dicho, entre individuos con lenguas marcadamente distintas exige algunos matices. Uno de ellos es que si no hay significantes, sino simple ruido, la posibilidad de dialogar desaparece, como seguramente sucedió cuando los indígenas se encontraron por primera vez con los invasores. Los significantes de unos eran simples ruidos para los otros. Lo segundo es que no debe olvidarse a quienes hicieron de intermediarios. Quiero decir: si bien hubo dos grupos, indios y españoles, hubo también indígenas, con grados distintos de bilingüismo, posiblemente también de españoles, que ocuparon el espacio intermedio, actuaron de bisagras culturales, a veces sin éxito, y crearon las condiciones para el mestizaje y el (des)encuentro cultural. Lo tercero es que, en simultáneo con las dos condiciones anteriores, el diálogo en el interior de ambos grupos acusó el impacto de la experiencia con un *otro* confusamente comprendido. Esto quiere decir que el elemento externo ingresó al diálogo intra-grupal, tanto de españoles como de indígenas. Y, en cuarto lugar, cuando el análisis recae en ese marco, no hay que perder de vista que el contexto general es notablemente asimétrico y que, por ello, el efecto valorativo en las lenguas fue también diferente. Seguramente también fue distinto el impacto en sus estructuras y en sus modalidades de habla.

Aunque son anotaciones situadas en el entorno dialógico que se postula, y podrían ser consideradas por ello externas al centro de la propuesta, no son extrañas ni distantes a cualquier aproximación que recupere la praxis de una lengua. No hay habla, ni uso, sin entorno. Es precisamente esta dimensión la que favorece la adopción de los postulados de Bakhtin. Lo sabe Luján, por cierto. Pienso que, gracias a ello, es pertinente y útil la idea de *cronotopos* que toma la autora de Bakhtin, pues, por su intermedio, la significación adquiere el componente pragmático que le negó el estructuralismo durante décadas y que, una vez situado en el mundo americano, como hace Luján, puede dar nuevas pistas e ideas sobre la formación del español americano.

La perspectiva dialógica tiene que hacerse cargo de los textos y de la escritura. Hay que ir con cuidado. Es obvio que la historia de una lengua es la historia de su registro, de textos, escritura y de discursos elaborados con propósitos muy distintos. Lo señalo porque el diálogo, al menos en el sentido que le da Bakhtin, es, por una parte, el intercambio verbal que sucede entre dos interlocutores, vale decir, el mundo oral de una lengua y, por otra, el conjunto de filiaciones que posee un texto con otros textos, los lazos y coincidencias que tejen un árbol de vínculos que influye en el sentido y la función de cada documento y de las unidades que lo integran y

componen. Para la historia de una lengua ambas dimensiones dialógicas son esenciales, pero no deben confundirse. La oralidad suele estar ausente o, a lo sumo, es apenas reflejada en la escritura; los lazos textuales son, más bien, los constantes. El moderno concepto de *tradición discursiva* responde precisamente a ese ámbito de la investigación y ofrece un criterio hermenéutico esencial para identificar el cambio y la continuidad de la lengua española en América a través de sus textos.

Marta Luján subraya la importancia de los contextos en la delimitación de los significados. De manera que el significado se produce en cada evento comunicativo. Esta orientación asume así que los usos verbales están siempre asociados a la creatividad y a la evaluación que media entre saber y contexto, entre competencia y uso. El léxico almacenado en el hablante corresponde a fenómenos culturales que coexisten con el sistema funcional. La propuesta es sugerente y seguramente merece más atención de la que puedo darle aquí. Quiero simplemente plantear un par de preguntas: ¿cómo explicar la posibilidad que, en potencia, tiene un signo de actualizar más de un significado o acaso esa posibilidad registrada en el conocimiento de una lengua está condicionada por su empleo y por tanto no es asunto de lengua sino de habla y no existe en la lengua?; ¿si el significado depende del contexto, qué es el sentido?

Sabido es que el encuentro con la flora y la fauna americanas, en realidad con todo el mundo americano, promovió que las novedades fueran renombradas mediante el léxico español. Se produjo una suerte de descripción en espejo. América surge como una imagen en espejo del mundo europeo. *Pera* para la *palta*; *tortilla* para el pan de yuca, etc., etc. El Nuevo mundo es descrito a partir del mundo Viejo. Lo que hay allá, hay también acá. Esta reacción abunda en las crónicas y muchas veces suplanta el léxico indígena. Dicho esto, vale la pena preguntarse si era posible que ello no ocurra, es decir, que el hablante español abandone su léxico cuando nombra las novedades que encuentra en América. Si renuncia al léxico que conoce y domina, ¿cuál debió asumir? Las crónicas de Indias están llenas de empleos que parecen indicar que era imposible esperar una actitud distinta. Lo que permite apreciar la documentación es el esfuerzo de los cronistas por “construir” discursivamente el nuevo referente para que sea bien interpretado por un destinatario que no lo conoce pero que lo (re)elabora en su mente a partir de la información, de los paralelismos, comparaciones y demás recursos empleados por el autor en su descripción. Ese esfuerzo suele plasmarse en estructuras comparativas (*a manera de...*; *... como si...*; *...es como.... pero....*; *... a semejanza de....*; etc) que integran la información del mundo americano en una descripción que se sirve de elementos y criterios europeos. Por cierto, vale la pena invertir el punto de observación y preguntarse qué ocurrió en las lenguas y comunidades indígenas; cómo procesaron verbal y cognitivamente las novedades que llevaron los conquistadores.

En este contexto, en el que se descubre a través de lo conocido, el lugar de la *alteridad* ocupa un lugar fundamental. *Alteridad*, *alter ego*, “otro yo”, es un universal del lenguaje y condición inherente al diálogo y al ser del lenguaje. Hay un “otro”, un oyente. La última parte del trabajo de Marta Luján ofrece ideas interesantes y pertinentes sobre este punto. Su énfasis está en cómo surge y se construye la alteridad, e incluye en el razonamiento la noción de *cronotopos*, ya mencionada. Aunque esencial no es un tema sencillo. Un primer punto que merece alguna atención es que, durante buen tiempo, para el español, el indígena no era un *alter ego*, sencillamente no era nadie, al extremo de que son bien conocidas las discusiones en torno a su naturaleza y a sus derechos, igualmente conocido es el impacto de esas creencias en las políticas lingüísticas y en los procesos de evangelización. ¿Si no era un *alter ego*, entonces quien era el “otro” en el diálogo? Su ausencia da más bien la impresión de estar ante un

monólogo. Se habla a uno mismo como si hubiera un “otro”, que en realidad es un mismo. Ahora, un segundo punto es la presunción de “otro yo” ¿Qué quiere decir “otro yo”? ¿Un igual? Lo que evidencia el diálogo es que el “otro” no es igual a uno sino distinto, un ser humano particular y único; toda comunidad lingüística está integrada por personas distintas, con ideas, sentimientos, juicios, creencias, visiones del mundo, apetitos, historias, voces, entornos, proyecciones, pasados, deseos, aspiraciones, miedos, etc., etc, distintos. Podemos hablar la misma lengua pero quienes lo hacemos somos distintos unos de otros. Lo más real será entonces admitir que la *alteridad* es el reconocimiento de un otro, un oyente, que es distinto a quien habla. No es, pues, un *otro yo*, sino que sencillamente es *otro*. Muchas injusticias y muchos actos discriminatorios se originan por no admitir la diversidad que sostiene y enriquece la vida social y la historia de una lengua. La homogeneidad empobrece. La historia del español americano fluctúa entre un reconocimiento meramente discursivo de la *alteridad*, incapaz sin embargo de ser efectivamente comprendida por quienes eran agentes normativos y políticos, y una *alteridad* asumida a imagen y semejante de quien actúa como enunciador, una copia. El desencuentro con las poblaciones y las culturas indígenas radica aun en la incapacidad de reconocer la diversidad.

Estos breves comentarios a la propuesta de Marta Luján tienen el propósito de invitar al lector a penetrar en las ideas y caminos que ofrece la autora a quienes estén interesados en la historia del español de América. Ciertamente que no se trata de una historia recorrida en abstracto, fuera de los usos, a manera de quien diseña un artefacto ajeno a los avatares de las poblaciones y las culturas. Luján pone énfasis en el diálogo, una dimensión consustancial al lenguaje, que refracta estructuras, historias y praxis.

Lima, mayo 2016.